

EL AMOR DIVINO: EL PODER DE LA ESPERANZA CRISTIANA

Mary Rearick Paul

Thomas Jay Oord

“El Señor...se complace...en los que confían en su gran amor (Ps. 147:11).

La tesis de esta ponencia es que sin un énfasis en el poder del amor divino, no puede haber una visión satisfactoria de la esperanza cristiana. La esperanza, si va a tener esperanza genuina, tiene que ser una visión permeada, sostenida e instigada por el amor. Dios expresa e inspira el poder del amor suficiente para una visión adecuada de la esperanza; el amor de la criatura responde al amor divino para asegurar el triunfo final de la esperanza.

La evidencia empírica más importante de la esperanza del poder del amor se encuentra en Jesucristo. “...Dios es amor. Así manifestó Dios su amor entre nosotros: en que envió a su hijo unigénito al mundo para que vivamos por medio de El.” Además, “...sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para que conozcamos al Dios verdadero“ (I Juan 4:8,9; 5:20).

Jesús no solo revela el carácter amoroso de Dios en sus palabras y sus acciones, pero los cristianos encuentran esperanza en la provisión preveniente de amor a las criaturas de parte de Dios. O, como Pablo se expresa: “...esta esperanza no nos defrauda, porque...ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo...(Romanos 5: 4-5). Los que responden apropiadamente a Dios expresan el amor semejante a como lo hace Jesús: “De esta manera todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros” (Juan 13: 35).

El poder del amor es el cimiento de la esperanza como se ve en la muerte y la resurrección de Jesús. La cruz de Cristo revela a Dios como Uno que sufre en el amor. El amor transforma el cadáver muerto de Jesús en un Señor resucitado, proveyendo esperanza para nosotros en esta vida y más allá de la muerte. “Dios,...por su gran amor por nosotros..nos dio vida en Cristo...y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó” (Efesios 2: 4-6).

No todas las visiones teológicas de la esperanza armonizan con los temas del amor central del testimonio bíblico. Las teologías que ponen énfasis en la soberanía divina a costo del amor divino se oponen a la teología de la tradición wesleyana de la santidad. Los conceptos de la soberanía divina que garantizan el triunfo coercitivo de Dios sobre lo maligno socavan las convicciones centrales pertenecientes a la libertad de la criatura y la centralidad del amor divino. Una tarea para los teólogos en la Iglesia del Nazareno es presentar una visión, arraigada en la Biblia, de un Dios todopoderoso y amoroso que actúa de maneras que no ponen en riesgo la libertad de la criatura.

Cuando acae la tragedia, algunos fieles responden por poner énfasis en la soberanía divina; otros poniendo énfasis en el amor divino. Los que destacan la soberanía presuponen un plan cósmico complicadísimo en el cual cada acaecimiento tiene propósitos y razones divinamente intensionales. Cada experiencia ocurre por medio del blanco premeditado por Dios, de enseñar una lección por medio de causar o permitir la tragedia. Los que ponen

énfasis en la soberanía divina finalmente “descansan” en el conocimiento que Dios instrumenta la historia de modo que siempre sean servidos los propósitos divinos. Por trágica que sea la ocurrencia, Dios así lo ha ordenado.

Esta visión de la soberanía no es ni racional ni consistente existencialmente con la teología de la santidad wesleyana. Al Dios de esa visión le importan poco las fuerzas destructivas en nuestra vida con tal que se alcance el blanco final de Dios. Es difícil reconciliar este punto de vista con la vida de Jesús. Si Dios nos conoce por nombre, llora cuando nosotros lloramos, se regocija cuando nos regocijamos, sueña los sueños de nuestro corazón, ¿adónde se va ese amor íntimo cuando ocurre la tragedia?

Por contraste, los que ponen énfasis en el amor de Dios perciben los eventos dolorosos como indicios de la pecaminosidad humana. Los eventos malignos no son expresiones de la voluntad de Dios. Este Dios amoroso labora fielmente en medio de tales ocurrencias para llevar a cabo la promesa de vida nueva. El amor divino puede extraer lo bueno de lo malo que Dios no había deseado. La persona que pone énfasis en el amor divino descansa, no en el control absoluto de Dios sino que en el amor infalible y firme de Dios en medio de todas las ocurrencias.

Nuestro punto de vista que el amor divino es el ímpetu de la esperanza no pone límites al poder de Dios. Más bien, ofrece la visión de un Dios que es aun más poderoso. Un Dios que no reina por medio de control unilateral, sino que transforma la creación a través del amor, ejerce el poder de una manera más asombroso y efectiva. La esperanza no se puede basar en la predeterminación de Dios ni en el control absoluto, sino que se basa en el amor ilimitable de Dios.

Estos dos énfasis típicamente producen dos reacciones diferentes en los cristianos. Los que ponen énfasis en la soberanía necesitan buscar y averiguar el “porqué” de un evento. Luchan para poder imaginar cómo caben los eventos en un esquema divino que tiene que tener sentido. Parecen recibir consuelo de su creencia que todo evento va dirigido por Dios. Desde la perspectiva divina, suponen, la vida está libre de riesgos y de caos.

Los que acogen el amor y la libertad como central, sin embargo, creen que algún riesgo y caos son inevitables. Todos los eventos y las acciones no están preordinadas divinamente; algunos eventos son expresión de decisiones por criaturas. Ellos niegan que Dios escoge cada paso de la vida para nosotros. En vez, sí pueden afirmar que el amor inexorable de Dios invade nuestra vida, prevenientemente en cada momento, y crea el potencial para que los deseos de Dios nascan dentro de nosotros.

Para ilustrar: Cuando miramos a los ojos de una estudiante, mujer, que se especializa en la religión, es posible que veamos una visión de esperanza en un Dios amoroso. Esta esperanza se podría basar en un Dios que ama entrañablemente, que obra dentro de su vida, y que no la dejará desamparada. Pero esa visión de la esperanza nace a menudo dentro de una tremenda lucha, y moldeada profundamente por el reconocimiento que hay algunos en la iglesia que no quieren cederle un plazo donde ella pueda cumplir con el llamamiento de Dios. A causa de esta resistencia, es menester que ella no crea que Dios controle soberanamente todos los eventos de su vida, y que Dios la llame al ministerio solo para que ella se quede desanimada, rechazada, enviada fuera, y enfrentándose con la difícil decisión

entre quedarse en la denominación que le ha dado a luz, e irse a cumplir su llamamiento en otra.

Nosotros nos decidimos por el no considerar la historia del rechazo de las pastoras en la denominación como si fuera una expresión del plan soberano de Dios. Más bien, interpretamos este rechazo como una forma de rebeldía contra Dios. Creemos que las mujeres que se especializan en la religión tienen que acoger una visión de la esperanza que les permita oír la reacción de la iglesia al llamamiento de ellas, sin suponer que esta reacción exprese la voluntad de Dios. La esperanza que nosotros guardamos provee una manera de ver cómo Dios puede usar la rebelión de la iglesia, sin a la vez, creer que esta rebeldía sea preordenada divinamente. Pero si la resistencia a las mujeres en puestos de liderazgo llega a ser demasiado fuerte, la esperanza de ellas les guiará a encontrar puestos de ministerio fuera de nuestra denominación.

En suma, la esperanza que nosotros prevemos se basa en el amor de Dios y su fidelidad. Esta esperanza nos impulsa a tirarnos de lleno en el vivir con todo su potencial para dolor, rebelión y caos, asegurados por el amor ilimitado de Dios. Nos confiamos en un Dios que transforma, no por determinar cada paso que damos, sino por derramar abundantemente el amor. Nuestra esperanza es que Dios inspirará tal amor en nosotros que, respondiendo a Dios, podamos hacer de este mundo un lugar en donde reine supremo el amor.